el Centinela

SEMANA SANTA, AYER Y HOY

EDICION HISPANOAMERICANA

EL SIGNIFICADO DE LA CRUZ

MALCOLM MUGGERIDGE incluyó en su magistral ensayo sobre Jesucristo este cautivante párrafo:

"Jesús abrió una ventana en el diminuto y oscuro calabozo del ego en el cual todos languidecemos, introduciendo una luz, proveyendo una perspectiva, y ofreciendo una vía de escape de la servidumbre de la carne y la furia de la voluntad, para darnos acceso a lo que San Pablo llamó 'la libertad gloriosa de los hijos de Dios' ".[1]

Esa ventana radiante tiene forma de cruz, y la luz emana de la persona del Hijo de Dios, hecho hombre y clavado en el madero para darnos redención.

¿Qué verdades de valor eterno nos fueron expuestas desde el monte Calvario, esa tribuna tan insólita y tan elocuente? Mencionemos algunas de ellas.

La cruz de Cristo reveló de una vez para siempre el infinito amor de Dios. "Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros".[2] Y el suyo es un amor desinteresado, universal, eterno. Este amor nos alcanza a todos, no importa dónde nos encontremos, y nos restaura de modo seguro, no interesa cuán hondo hayamos caído o cuán desvalidos nos sintamos.

Ante la influencia corrosiva de la filosofía escéptica que satura nuestra trama cultural, o frente al empuje avasallador del materialismo ateo y de la violencia irrefrenable que prevalece, no hay antídoto más eficaz que la verdad preciosa del amor divino, estudiado a la luz del Calvario.

La cruz de Cristo desenmascaró el carácter asesino y mentiroso de Satanás, y la naturaleza destructora del pecado. Satanás introdujo astutamente el mal en el universo y en este mundo, pretendiendo ofrecer un sistema de gobierno mejor que el de Dios; un sistema basado en la independencia absoluta, pero motivado por el egoísmo y el orgullo. Millones han aceptado este sofisma y sufrido las consecuencias: esclavitud, degeneración, muerte.

El sacrificio expiatorio de Cristo expuso el verdadero carácter de las pretensiones del diablo y su odio contra el Hijo de Dios, que lo impulsó a quitarle la vida. También quedó en claro que la violación de la ley de Dios sólo acarrea vergüenza, remordimiento y dolor. Esa fue la carga que Cristo llevó por nosotros, y que finalmente lo aniquiló.[3]

La cruz de Cristo exaltó la perfección y eternidad de la ley de Dios. Jesús no vino para abrogar el Decálogo con su muerte —ya que la ley de Dios es eterna—[4], sino para ampliar sus alcances y enriquecer su significado.[5]

"Si hubiese sido posible que la ley fuera cambiada o abrogada, Cristo no habría necesitado morir... Porque la ley era inmutable, porque el hombre podía ser salvo únicamente por la obediencia a sus preceptos, fue levantado Jesús en la cruz".[6] El ser humano no puede obedecer por sí mismo los mandamientos de Dios; pero Jesús se goza en cubrir con su sangre nuestras transgresiones de la ley, en regalarnos los méritos de su vida santa y en impartirnos por su Espíritu los atributos divinos, habilitándonos así para practicar sus enseñanzas.

La cruz de Cristo aseguró la salvación del hombre y el triunfo del bien. Tenemos esperanza únicamente por la fe en el sacrificio vicario de Cristo, y más aún: la seguridad de la redención eterna.[7] "En ningún otro hay salvación porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos".[8]

Ni las penitencias, ni las ofrendas o sacrificios, ni los tratamientos psicoanalíticos o las técnicas de meditación de las religiones orientales, ni ningún otro recurso que el hombre invente, puede darnos el perdón de nuestros pecados y la paz interior. Esto lo obtenemos sólo mediante la confesión humilde de nuestras faltas y aceptando con fe los méritos redentores del Cristo crucificado. "La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado".[9]

Cuando Cristo entregó su espíritu, se garantizó la redención de nuestra raza. Por un trueque sublime quedó asegurado nuestro ascenso desde el infierno hasta el paraíso: Jesús tomó nuestra culpa y nos dio su inocencia; se sometió a la cautividad para que viviéramos en libertad; saboreó la muerte de todos los hombres y se sintió definitivamente separado de su Padre, a fin de darnos vida eterna y re-unión con nuestros semejantes y con Dios.

Al contemplar la cruz de Cristo, el alma se conmueve y la inteligencia se anonada ante tanta inmensidad de amor.

En efecto, Jesucristo vino voluntariamente a morir por sus enemigos, y hubiera muerto por un solo pecador: por usted o por mí. Más aún, él sufrió la angustia de la cruz durante milenios de anticipación, consciente de lo que le aguardaba.[10] No obstante, con una abnegación inquebrantable, nos amó hasta el fin, hasta completar su misión salvífica.

Y lo que le añade una dimensión insondable al sacrificio de Jesucristo, es que en cualquier instante de su pasión él podría haber usado de su divinidad para destruir a sus torturadores y librarse de la vergüenza y la agonía de la cruz. Sin embargo, renunció a su omnipotencia y a su señorío por amor a cada uno de nosotros. Se humilló hasta lo sumo para exaltarnos hasta el cielo. ¿Quién podrá comprender jamás tanta generosidad, tanta compasión redentora?

¿Qué hacer ante la cruz?

Sólo hay dos respuestas. Resistir su atracción, acorazados por el orgullo y la incredulidad. O exclamar con el apóstol cuando tocó las llagas de las manos del Salvador y su costado herido: "¡Señor mío, y Dios mío!"[11] ¿Cuál será su respuesta, estimado lector, cuál será la mía?—*T.N.P.*

---

(1) Malcolm Muggeridge, *Jesus, The Man Who Lives,* p. 16. (2) Romanos 5:8. (3) Isaías 53:4-6. (4) Salmo 119:152; S. Mateo 5:17-18. (5) Isaías 42:21; S. Mateo 5:17-18. (6) E. de White, *El Deseado de todas las gentes,* p. 711. (7) Efesios 2:8-9; 1 S. Pedro 1:18-19. (8) Hechos 4:12. (9) 1 S. Juan 1:7. (10) 1 Pedro 1:20; Apocalipsis 13:8. (11) Juan 20:27-28.

EL CENTINELA (USPS 169-560) (The Sentinel). A Spanish language periodical. Published monthly, with a supplement in August, by Pacific Press Publishing Association, 1350 North Kings Road, Nampa, ID 83687, U.S.A. Subscription rate $5.95 a year. April 1986. Second-class postage paid at Nampa, ID. POSTMASTER: Send address changes to EL CENTINELA, P. O. Box 7000, Boise, ID 83707.

Portada: © 1972 The Theater of the Universe. Todos los derechos reservados.

Soldados romanos desfilando en la procesión de Semana Santa de la ciudad de Antigua, Guatemala. La impresionante ceremonia religiosa es presenciada por miles de personas.

SEMANA SANTA, AYER Y HOY

Dr. HUMBERTO M. RASI

EL SOL del amanecer ha comenzado a despertar la antigua ciudad. Las calles empedradas resuenan con los rápidos pasos de los soldados romanos. Hombres con túnicas de color lila y lanzas en la mano toman sus puestos de guardia a lo largo de las aceras. Tenues nubecillas de incienso flotan en el fresco aire matutino. Mientras tanto, grupos de curiosos van saliendo de los patios interiores y asomándose a los balcones enrejados. Todos hablan en voz baja, aguardando en suspenso lo que va a ocurrir.

De pronto, por la calle que tiene al fondo unas montañas soleadas, vemos avanzar a una multitud de sacerdotes y guardias. Al frente viene Poncio Pilato con algunos de sus ayudantes. Detrás podemos distinguir la figura de un hombre que trae una cruz a cuestas...

Por unos momentos la imaginación parece engañarnos. ¿Estamos en Jerusalén aquel triste viernes en que Jesús, el inocente, fue llevado al Calvario para ser crucificado?

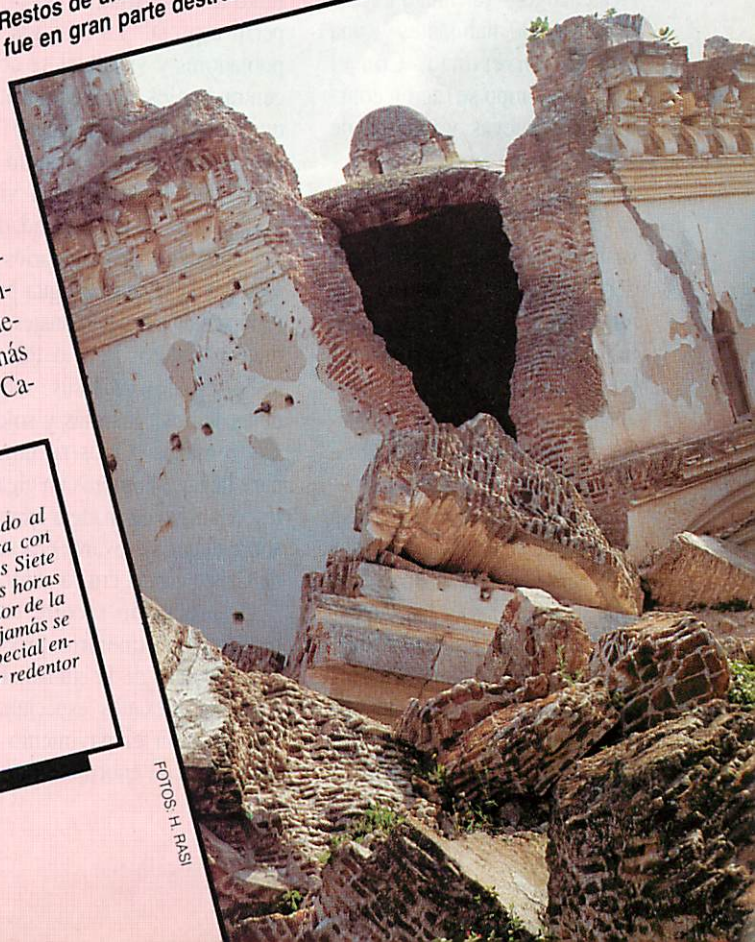
No. Estamos en la ciudad de Antigua, Guatemala, donde cada día de la Semana Santa la población entera participa de una impresionante ceremonia religiosa. El visitante no olvidará fácilmente aquel espectáculo de fervor popular.

* * *

Fundada en 1524 por el conquistador Pedro de Alvarado, esta ciudad debió cambiar de sitio tres veces en menos de veinte años por causa de varios desastres naturales. Durante más de 200 años Santiago de los Ca-

ESTE NUMERO: *EL CENTINELA de este mes está dedicado al tema de la Semana Santa, que cada año la cristiandad celebra con recogimiento. Como el lector advertirá, lo hemos basado en las Siete Palabras que Jesucristo pronunció en la cruz en sus seis largas horas de agonía. Desde ese púlpito excepcional, el supremo Predicador de la historia expuso en esas siete frases el sermón más sublime que jamás se haya escuchado. Esperamos que la lectura de este número especial enriquezca en cada lector su comprensión del insondable amor redentor de Dios.*

Restos de una iglesia de la vieja ciudad de Antigua, que en 1773 fue en gran parte destruida por un violento terremoto.



FOTOS H. RASI

Izq.: ***Cada día de la Semana Santa, artesanos especializados decoran el pavimento de las calles de Antigua con artísticas "alfombras" diseñadas con aserrín y arena de colores.***
Der.: ***Cantidad de voluntarios se visten a la usanza antigua para representar el drama de la pasión de Cristo. Las alfombras típicas le dan un realce especial a la ceremonia.***

balleros —tal era su nombre original— fue la capital de la Capitanía General de Guatemala, que abarcaba buena parte de la América Central. Situada en un fértil valle enmarcado por tres volcanes —Agua, Fuego y Acatenango— la ciudad llegó a tener 60.000 habitantes y una famosa universidad. Con el paso del tiempo se fueron construyendo nuevas viviendas de adobe y tejas, amplios conventos e iglesias majestuosas. Pero en junio y julio de 1773 una devastadora serie de terremotos y derrumbamientos destruyó la mayoría de sus edificios y diezmó su población. Los pocos sobrevivientes, amedrentados, abandonaron el lugar y establecieron la nueva capital de Guatemala en su sitio actual.

Sin embargo Antigua no se perdió en el olvido. Algunos pobladores regresaron a ella para despejar las calles y reparar muchas de sus viviendas. Hoy la ciudad tiene vida propia y se ha convertido en un atractivo centro turístico. Miles la visitan cada año para admirar sus edificios coloniales, adquirir productos de artesanía o simplemente disfrutar de su atmósfera tonificante.

* * *

Cada Semana Santa la ciudad junto al río Pensativo cobra un perfil especial. La atención de pobladores y visitantes se concentra en los acontecimientos que ocurrieron hace veinte siglos en Palestina, cuando el Hijo de Dios entregó su vida para rescatar a la humanidad.

Centenares de voluntarios se visten a la usanza antigua para representar a los personajes del drama bíblico: Poncio Pilato, los discípulos de Jesús, sacerdotes judíos, guardias y soldados romanos. Otros se turnan para llevar a hombros un gigantesco tablero de madera labrada sobre el que se levanta una talla de Cristo con la cruz a cuestas.

La procesión recorre cada mañana un itinerario preciso por el centro de la ciudad. Día tras día artesanos especializados decoran el pavimento de las calles con enormes "alfombras" diseñadas con aserrín y arena de colores. Otros voluntarios extienden estas decoraciones con flores y ramitas de pino. Son su homenaje de fe durante las festividades.

A medida que la procesión avanza por las calles, los que transportan a paso rítmico la talla de Cristo van deshaciendo cada una de las frágiles "alfombras" que encuentran a su paso. Poco después los artesanos volverán a diseñar otras nuevas para el día siguiente.

* * *

En la acera de enfrente un hombre joven comienza a arrojar flores silvestres al ir acercándose la procesión. Detrás de nosotros alguien repite en voz baja una oración. A nuestro lado hay una madre con un pequeño en brazos, que observa todo con ojos agrandados por la sorpresa. "¡Mira, hijito!", le dice la madre. Pero el niño ha bajado la vista, sobrecogido por el espectáculo, y esconde su cabecita en el hombro de su madre.

La procesión pasa lentamente frente a nosotros. El humo de los incensarios traza diseños ilusorios en el aire. "¡Mira a Jesús, querido!", lo anima la madre con ternura. Por fin el pequeño levanta los ojos y mira tímidamente la talla. A nuestra mente vuelven las conmovedoras palabras de Jesús, anticipando su crucifixión: "Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo" (S. Juan 12:32).

* * *

Esta Semana Santa, ¿seremos capaces de ver —más allá de las procesiones, las imágenes y las fiestas— al Cristo vivo, que resucitó y ascendió al cielo para completar su misión de rescate? ¿Nos dejaremos atraer por el imán poderoso de su amor y su perdón? Fue él quien dijo: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar". "Y al que a mí viene, no le echo fuera" (S. Mateo 11:28; S. Juan 6:37).

También fue él quien nos aseguró, antes de regresar a su Padre: "Y si me fuere... vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis" (S. Juan 14:3). Con la promesa segura de su compañía diaria y su pronto regreso a esta tierra, usted y yo —apreciado lector— podemos hacer frente al futuro con esperanza y con fe. ◊

"PADRE, PERDONALOS PORQUE NO SABEN LO QUE HACEN"

Lic. JOSE ARGUMEDO

JAMES CONVERSE © PPPA

INTRODUCCION.—"No hubo una mano compasiva que enjugase el rocío de muerte de su rostro, ni se oyeron palabras de simpatía y fidelidad inquebrantable que sostuviesen su corazón humano. Mientras los soldados estaban realizando su terrible obra, Jesús oraba por sus enemigos: 'Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen' "(*El Deseado de todas las gentes*, p. 693).

Cristo está pronunciando ahora su Primera Palabra mientras se llevaba a cabo la más grande injusticia de la historia. Pero si bien es cierto que era el más grande crimen —el deicidio— con que se ha manchado la humanidad, sin embargo, era también la mayor justicia que ha hecho Dios, porque con la muerte de su Hijo se pagaba la deuda infinita que los hombres teníamos con él.

I. Padre.—¿Por qué Cristo pide a su Padre que perdone en vez de perdonar él directamente? Porque mira la crucifixión desde el punto de vista humano y no divino. Si bien Jesús era y sigue siendo Dios, durante su ministerio terrenal actuó como hombre; por esto pidió a su Padre que perdonara a sus asesinos. A veces olvidamos que Cristo y el Padre eran —y son— *una sola cosa* en deseos y propósitos. Por esto no sabemos qué responder a los que nos dicen que Dios fue injusto al hacer que Cristo muriera por nuestros pecados. Pero, él mismo "estaba en Cristo" en ese acto de reconciliación. Jesús había enseñado muchas veces que sólo Dios tenía facultad de perdonar pecados; había enseñado también a sus discípulos a decir: "Padre nuestro, que estás en los cielos... perdónanos nuestras deudas".

Notemos que Cristo apeló a Dios llamándole "Padre". No lo llamó Dios de la creación, ni Señor de los ejércitos, ni Juez inflexible del juicio final: lo llamó Padre porque sólo un Padre puede perdonar por amor. El Creador, el Juez, el Rey podría tolerar, olvidar, pasar por alto, indultar; pero sólo un Padre podía perdonar con ese amor que olvida y anula la ofensa. "Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación" (2 Corintios 5:19).

II. Perdónalos.—Antes de subir al Calvario, Jesús había señalado cuál es la condición para recibir el perdón. Al instituir la Santa Cena tomó el emblema de su sangre, diciendo: "Esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados" (S. Mateo 26:28); esto es, para hacer posible el perdón, ya que "sin derramamiento de sangre no se hace remisión" (Hebreos 9:22). Jesús derramó su "sangre del nuevo pacto" para que su petición, aparentemente imposible de conceder entonces, fuera una realidad. ¿Pero quiénes necesitaban el perdón? ¿Sólo el soldado que ante Caifás le dio una bofetada? ¿O quizá Pilato, el político que condenaba a Dios para conservar la amistad del César? ¿O Herodes, que vistió a Cristo con ropas de bufón? No. No sólo estos infelices, sino "todo pecador que hubiera vivido desde el principio del mundo o fuese a vivir hasta el fin del tiempo" (*Id.*, p. 694).

III. Porque no saben lo que hacen.—Si Cristo hubiese considerado la ignorancia de sus enemigos como inocencia, no habría pedido perdón para ellos. "Su ignorancia no suprimió su culpabilidad, porque habían tenido el privilegio de conocer y aceptar a Jesús como su Salvador" (*Ibíd.*). "Si yo —dijo Cristo— no hubiese hecho entre ellos obras que ningún otro ha hecho, no tendrían pecado; pero ahora han visto y han aborrecido a mí y a mi Padre" (S. Juan 15:24).

Conclusión.—La Primera Palabra de Jesús —"Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen"— ha sido llamada "la palabra de la misericordia" (de *miserans* = compasivo y *cor* = corazón), o sea la palabra del corazón compasivo como el de Dios. Por eso a cada uno de nosotros nos dice por medio de su profeta: "Con amor eterno te he amado; por tanto, te prolongué mi misericordia" (Jeremías 31:3).

Nadie podrá explicar "las dimensiones" de la misericordia divina. Son tan grandes que se extienden a *todos* los pecadores, aun a los mayores criminales. Si nos arrepentimos, no hay pecado que Dios no pueda perdonarnos. ◊

"DE CIERTO TE DIGO HOY, ESTARAS CONMIGO EN EL PARAISO"

Lic. JAIME CHANAGA

LOS dos compañeros de suplicio de Jesús eran malhechores acusados de ser delincuentes empedernidos. Cada uno de estos criminales también colgaba de una cruz, instrumento de tortura que los romanos usaban como una advertencia contra la rebelión y como señal de humillación y vergüenza. Cristo había sido crucificado en medio de los malhechores por insinuación de los príncipes y los sacerdotes, quienes lo habían llamado "amigo de pecadores y publicanos", dando así exacto cumplimiento a esta profecía: "Fue contado con los pecadores" (Isaías 53:12). Los sacerdotes y los príncipes no se imaginaban que este acto suyo no sólo mostraría que Jesús había venido para vivir y morir entre los pecadores, sino también para presentar el cuadro de la humanidad a través de todos los tiempos. Muchos han creído en él y han encontrado la salvación, pero otros lo han rechazado. Para unos el Evangelio es sabor de vida para vida; para otros, sabor de muerte para muerte.

De pronto, uno de los ladrones grita violenta e irreflexivamente, y con amargura y maldiciones pide ayuda, pero con condiciones: "Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros" (S. Lucas 23:39). Este ladrón no arrepentido estaba compartiendo el clamor de los sacerdotes y burladores: "Si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz" (S. Mateo 27:40). Es el grito desafiante de aquel que espera milagros sin entregar su corazón a Cristo y aceptarlo como su Señor.

El otro ladrón escucha este insulto contra Jesús, y responde a su compañero: "¿Ni aun temes tú a Dios, estando en la misma condenación? Nosotros, a la verdad, justamente padecemos, porque recibimos lo que merecieron nuestros hechos; mas éste ningún mal hizo" (S. Lucas 23:40-41).

El Evangelio nos presenta aquí la actitud del pecador que confiesa su culpa y expresa fe en Cristo. Este ladrón había mirado hacia atrás y veía el pecado en su vida; pero en los últimos instantes de su existencia miró a Cristo que moría en la cruz, y vio a un Ser que sentía por él infinita compasión. Comparó las escenas de humillación y burla del populacho con el porte divino de Jesús, y contempló en él al Salvador del hombre, al Mesías, al Cordero de Dios. Entonces, impulsado por una mezcla de angustia y esperanza, exclamó: "Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino" (S. Lucas 23:42). Ahora cree que si lo olvida el "Rey de los judíos" será para él el más terrible castigo, y que tomar parte en su triunfal regreso será su más sublime experiencia. Las Sagradas Escrituras nos dicen que la respuesta divina fue inmediata. En tono suave y melodioso, Jesús le contestó: "De cierto te digo hoy, estarás conmigo en el paraíso".

El ladrón halla perdón y salvación cuando contempla a Jesús sobre la cruz. Cree de todo corazón en él, le implora un lugar para cuando venga en su reino, y entonces escucha la respuesta cierta del Salvador: "Estarás conmigo en mi reino". Lo grandioso en este momento para el ladrón —y la gran esperanza para nosotros— es que su derrota se transforma instantáneamente en victoria y esperanza porque fue perdonado por Jesús.

Ese día de dolor y afrenta para los dos ladrones se transformó para uno de ellos —por su fe en Jesús— en un día de victoria y esperanza: delante de él se abrieron las puertas de la eternidad. Con razón dijo Calvino: "Fue la visión de los ojos que pudieron ver: en la muerte, vida; en la ruina, majestad; en la afrenta, gloria; en la derrota, victoria; y en la esclavitud, realeza". La lección es evidente: Un ladrón alcanzó la salvación, pero el otro se sumió en la condenación. Desperdiciar la oportunidad cuando se presenta es un riesgo sumamente peligroso, cuando no fatal. Como el ladrón arrepentido, debemos mirar a Jesús, quien nos dice: "Mirad a mí, y sed salvos" (Isaías 45:22). Debemos traer hoy todas nuestras culpas a Jesús, y descansar en él, porque llevará nuestras cargas.

Amigo lector: no postergues tu decisión, pues la promesa de la cruz también está a tu alcance por medio de Aquel que puede salvar a *todos* los que por él se allegan a Dios. ◊

"MADRE, HE AHI TU HIJO... HIJO, HE AHI TU MADRE"

MIRIAM ALONSO

PERO... ¿su hijo sentenciado a muerte? ¿Aquel hijo maravilloso que había levantado paralíticos, sanado leprosos y hasta resucitado muertos, moriría ahora entre dos criminales? ¡Imposible! La Virgen María aún recordaba que el ángel le había dicho que se llamaría Jesús, porque sería el Salvador del mundo; que sería grande y que sería llamado Hijo del Altísimo y su reino no tendría fin. ¿Qué sucedería ahora? ¿Moriría? ¡Su alma de madre estaba llena de un dolor tan profundo que parecía imposible soportarlo!

En cambio, Jesús, en medio de su agonía, pensaba en su madre. Rememoró con cuánto amor y ternura lo había criado. No tenía fortuna ni bienes terrenales que dejarle; todo lo que ahora podía ofrecerle era el afecto y el cuidado de su discípulo amado, el apóstol Juan. Pensó en el consuelo y la compañía que el amoroso discípulo podría darle, así como en la gran bendición que ella podría ser para aquél. Es por ello que levantando su voz exclamó: "Madre, he ahí tu hijo... hijo, he ahí tu madre".

Cristo cumplió con su deber filial en medio de las más difíciles circunstancias, cuando el dolor físico y la angustia mental que estaba padeciendo hubieran justificado un olvido de todo lo que no fuera su propia persona. Pero no fue así. El Salvador no se concentró en sus sufrimientos y en la cercanía de la muerte, sino que recordó a su querida madre.

Este sermón, predicado desde el púlpito de la cruz, tiene un alcance mucho más amplio de lo que parece a primera vista. Nos muestra que nuestro Salvador vela por las necesidades de los pobres y afligidos.

Los menesterosos y solos han de cobrar aliento con este episodio y la actitud compasiva y previsora de Jesús, y depositar todas sus aflicciones y temores a los pies del Salvador, porque él habrá de cuidarlos. Es asombroso notar cuántas viudas reciben ayuda de diversas fuentes. A veces quedan solas con varios niños pequeños, y resulta incomprensible ver cómo resuelven sus problemas financieros y emocionales y crían bien a sus hijos.

Una razón de esto, quizá, es que desde el mismo comienzo los hijos sienten que tienen que colaborar y asumir sus responsabilidades debidas a la ausencia del padre, y esto los convierte en hombres y mujeres maduros. Pero fuera de toda duda la principal razón es que Dios cumple su promesa de ser un padre para los huérfanos y un esposo para la viuda, y que no son olvidados por Aquél que en la hora de absorbente agonía recordó a su madre.

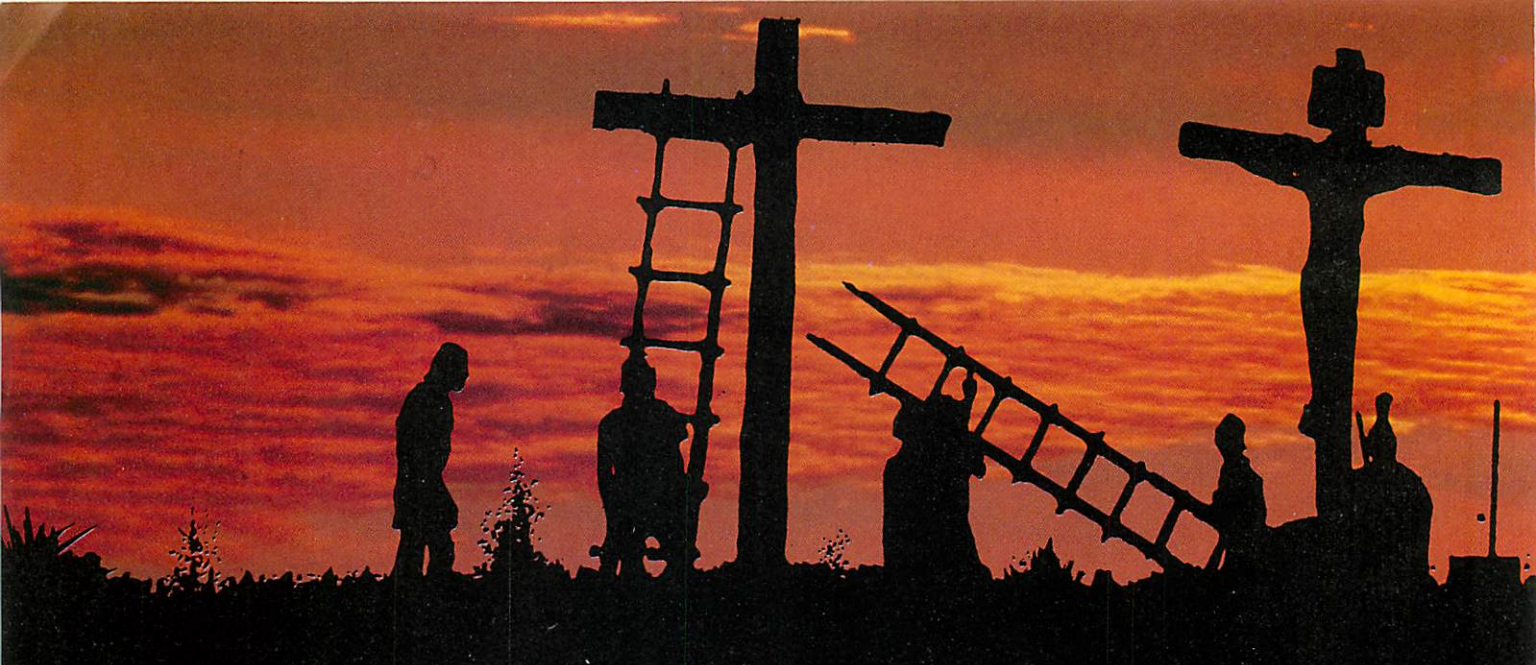
Otra lección que indirectamente se puede obtener de esta frase de Jesús —"Madre, he ahí tu hijo"—, es que las madres, y por extensión los padres, deben velar por el bienestar de sus hijos. Es cierto que la Virgen María habría de recibir amparo y afecto de su nuevo hijo, Juan, pero también ella ayudaría e inspiraría a éste para que se enriqueciera aún más el amor del joven discípulo hacia Jesús. Y ésta es una responsabilidad básica de toda madre: fomentar en sus hijos el desarrollo de un carácter equilibrado, cristiano, adornado por las virtudes que distinguieron la vida de nuestro Salvador.

Nunca ha existido una necesidad mayor de que las madres y los padres temerosos de Dios se ocupen intensamente en la crianza de sus hijos como la que tenemos ahora, porque los niños y los jóvenes nunca han sido amenazados por tantos peligros como los que enfrentan en la actualidad.

Pero volvamos a la idea central expresada en esta doble frase de Cristo que estamos comentando: el amor filial. Nuestro Salvador demostró de modo conmovedor su amor hacia la Virgen, y también exhortó a su discípulo a que fuese un buen hijo de la que desde ese momento sería su madre adoptiva. "He ahí tu madre", fue la orden de Cristo, expresada con bondad pero con firmeza.

Esta orden, en forma de mandamiento, la había dado mucho antes y de modo poderoso desde el Sinaí: "Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días se alarguen en la tierra que Jehová tu Dios te da" (Exodo 20:12). Ahora, siglos más tarde, expresó el mismo mensaje desde el Gólgota, en la hora de su agonía. En el Sinaí Dios nos dijo cómo amar; en el Gólgota nos mostró ese amor.

Hijos, obedezcamos con amor el mandato de Cristo. No permitamos que los estudios, o las amistades, o el trabajo, o la distancia, o cualquiera otra cosa priven a nuestros padres del tiempo, el amor, el respeto y el cuidado que les debemos, para que vivan con alegría y satisfacción los pocos o los muchos días que les queden. Seamos hijos agradecidos y amantes, y así seguiremos el ejemplo de Jesús. ◊



LA SALVACION AL

LA SALVACION debe ser la aspiración suprema del alma humana; y aunque está al alcance de todos, cuán triste es ver cómo se busca por caminos y métodos equivocados.

Un joven estudiante de leyes fue derribado en tierra por el rayo de una tormenta. Creyó que este incidente sucedía por la voluntad de un Dios airado con su modo de ser, y decidió buscarlo a través de sacrificios mentales y corporales; anhelaba librarse de la profunda culpa de pecado que lo invadía y celosamente comenzó a tratar de guardarse del mal y salvar su alma por medio de sus obras buenas.

Pero a pesar de sus rigurosos esfuerzos Martín se sentía inconforme, desesperado. La paz interior y la tranquilidad huían de él. Sintió que no podría hacer suficiente para obtener el perdón de Dios y alcanzar su favor.

¿Recibe acaso el hombre el perdón y la vida eterna haciendo más obras buenas que malas? Fuera del verdadero cristianismo casi toda religión procura sencillamente hacer mejores obras para recibir la salvación: unos se flagelan, otros se sientan sobre camas duras o con clavos; algunos caminan sobre brasas o se hieren con instrumentos cortantes, y todo para merecer el favor divino. ¿Podrá el ser humano sobornar a Dios para que le dé perdón y vida eterna? Aunque parezca extraño, muchos cristianos involuntariamente hacen lo mismo: asisten a la iglesia, dan ofrendas, cumplen la regla de oro pensando que pueden ganar el favor de Dios y merecer la vida eterna.

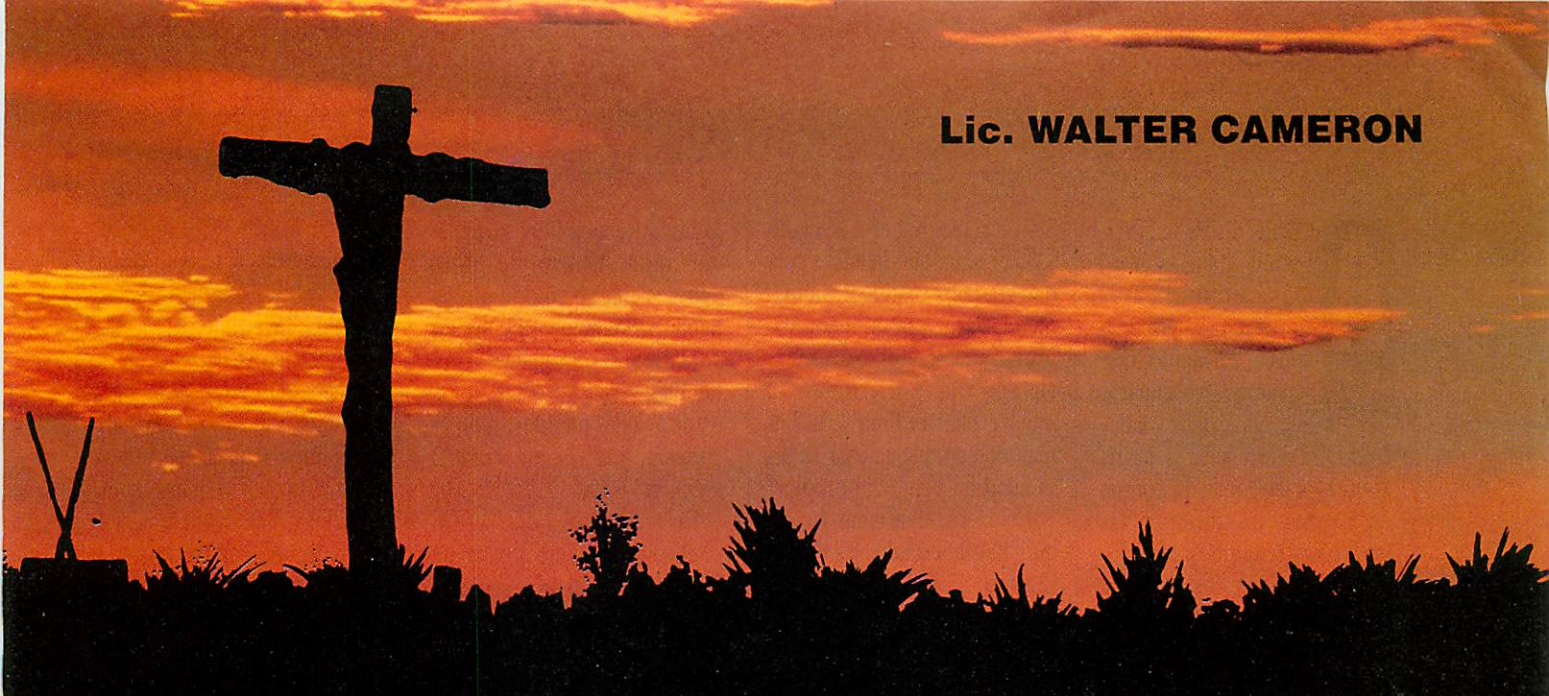
Finalmente Martín Lutero decidió ganar el favor divino haciendo un peregrinaje a Roma. Visitó todos los sitios sagrados y vio todas las reliquias santas. Pero mientras subía sobre las manos y rodillas por la escalera de Pilato, besando cada uno de los peldaños, de pronto se levantó y se hizo la pregunta: "¿Quién sabe si esto es así?"[1] Regresó a Alemania, y mientras estudiaba las Sagradas Escrituras encontró —para asombro suyo— las buenas nuevas de que el perdón es un don gratuito que Dios extiende al pecador a través de Jesucristo: "El justo por la fe vivirá".[2] "Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo".[3] "Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios".[4]

EL PROBLEMA DEL PECADO Y SU SOLUCION

El mayor problema del hombre es el pecado y sus consecuencias; bien lo expresó el profeta Isaías: "Vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír".[5] San Pablo lo enfatiza aún más cuando escribe: "Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios". "La paga del pecado es muerte".[6] El hombre no puede librarse de esta situación por sus propios medios. Tampoco tiene en sí el poder para superar sus debilidades y males, pues claramente lo estableció el profeta: "¿Mudará el etíope su piel, y el leopardo sus manchas? Así también, ¿podréis vosotros hacer bien, estando habituados a hacer mal?"[7]

Pero nuestro amante Dios preparó un camino para salvarnos y hacernos justos. Encontró el perfecto sustituto para morir en nuestro lugar y pagar la penalidad por

ILUSTRACION: ENRIQUE FUENTEALBA; FOTO: JOHN STEEL



Lic. WALTER CAMERON

ALCANCE DE TODOS

nuestros pecados a fin de que podamos vivir. San Juan, el discípulo amado, lo explica claramente con las palabras de Jesús: "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna".[8]

Jesucristo vino a esta tierra como un hombre, y se enfrentó a los mismos problemas y tentaciones que cada ser humano experimenta. Demostró por medio de su perfecta vida de obediencia, lograda por una dependencia constante de la gracia divina, que no hay excusa alguna para el pecado. Entonces, como inmaculado representante de la raza humana, él tomó voluntariamente sobre sí mismo la culpa de toda persona que quiera vivir para siempre, y murió en nuestro favor. La muerte expiatoria de Jesús no fue para "aplacar la ira de Dios" como muchos han pensado. Dios nos ama tanto que sacrificó voluntariamente a su Hijo único para nuestro rescate. Dios actuó así, con un amor tan profundo, porque no podía quedar satisfecho hasta que el hombre fuera restaurado a su familia celestial.

EL HOMBRE Y SU SALVACION

"Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios".[4] Esta creencia, esta fe, es el núcleo del plan de salvación. La salvación y la fe son dones de la gracia divina. Mediante este don —la fe— el pecador se aferra humildemente de la justicia de Dios manifestada en la persona, en los méritos y en la muerte expiatoria de Jesucristo para obtener gratuitamente su eterna salvación.

Cuando el carcelero de Filipos preguntó qué debía hacer para ser salvo, San Pablo le respondió: "Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo".[9] Poseer la fe que salva es *confiar, aceptar, hacer nuestro* el sacrificio de Cristo como una expiación total y completa de todo pecado que hayamos cometido; es *creer* que nosotros nada podemos hacer, sino que el sacrificio de Cristo por nosotros nos salva completa y definitivamente del pecado y sus terribles consecuencias. Por esta razón ningún ser humano puede jactarse de que se salva a sí mismo, pues la gloria es toda de Dios; y esta fe con la cual nos posesionamos de la justicia o salvación divina es confianza completa y voluntaria en Dios, permitiéndole que él tome el control de nuestra vida.

LA INVITACION DIVINA

Jesús extiende la invitación a todos y en todas partes: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar".[10] Jesús nos está diciendo: dejen de obrar y trabajar por su cuenta; déjenme hacer en sus almas el trabajo de salvación.

Puede ser que usted sienta que es un pecador sin esperanza, pero no es verdad. Dios puede cambiar la situación más desesperada en una gran victoria. No existe una vida demasiado mala que no pueda transformar, ni un pecado demasiado grande que no pueda perdonar, a menos que sea el de rechazarlo a él. Apreciado lector, le invito a que acuda a Cristo ahora mismo para que sea salvo y dichoso para siempre. ¿Aceptará su invitación? ¿Obedecerá su llamado? ◇

---

(1) *Vida de Martín Lutero*, p. 38. (2) Romanos 1:17. (3) Romanos 5:1. (4) Efesios 2:8. (5) Isaías 59:2. (6) Romanos 3:23; 6:23. (7) Jeremías 13:23. (8) S. Juan 3:16. (9) Hechos 16:31. (10) S. Mateo 11:28.

"SED TENGO"

Lic. JOSE L. CAMPOS

AQUEL día de la crucifixión y en la hora más calurosa, Jesús sintió sed. Este fue un nuevo tormento que se sumó a los muchos que ya estaba padeciendo debido a su crucifixión. Los latigazos, la corona de espinas, los insultos, las burlas, los bofetones; las injurias, los escupitajos sobre su rostro, las caídas y los golpes camino al Calvario; los clavos en sus manos y en sus pies, el

peso de su cuerpo presionando sobre sus heridas; el dolor de ver a su madre contemplando la escena, el saber que sus seguidores lo abandonaron, la posición física que tenía "el crucificado", la cual le impedía el movimiento natural de sus miembros; todo esto era demasiado para su pobre corazón que desfallecía quebrantado por el peso del dolor físico y la carga espiritual por el pecado de la humanidad que no lo quiso aceptar.

CRISTO PADECIO SED FISICA

Cristo sufrió de sed, sed de agua física que mitigara su dolor; pero sólo recibió vinagre en una esponja (S. Mateo 27:34). ¡Qué ironía! Cristo el Señor pudo haberse servido toda el agua que quisiera porque era Dios vestido de humanidad; pero... no lo hizo. Voluntariamente rehusó aliviar su agonía, prefiriendo la muerte para redimir a la humanidad antes que usar su divinidad en beneficio propio.

Este era el mismo Cristo que había creado las aguas (Salmo 33:6-7) y las había juntado en las nubes de los cielos, y en los ríos, arroyos, lagos y mares de la tierra (Génesis 1:6-10). Su poder como Hijo de Dios era capaz de calmar las aguas del mar tempestuoso (S. Lucas 8:22-25). Meses atrás había hecho caminar sobre las aguas al apóstol Pedro, desafiando las leyes de la gravedad que él mismo había establecido (S. Mateo 14:29). Jesús tenía todo el poder para servirse de toda el agua que quisiera, pues las aguas obedecen al llamado de su voz; mas no lo hizo para no usar su poder y su divinidad a fin de beneficiarse.

Hay que tomar en consideración que en los tiempos bíblicos el ofrecer agua a un sediento era más que un acto de cortesía: era una obra humanitaria, de caridad. Cuando Eliezer, el criado de Abrahán fue a Mesopotamia, se detuvo al lado de un pozo, y entonces la bella Rebeca llegó para sacar agua. Eliezer le pidió agua, y ella no sólo le dio de beber prestamente al cansado y sediento peregrino, sino también a sus camellos, mostrando así consideración y cortesía, a la vez que bondad y caridad (Génesis 24:15-20).

En un caluroso día, Cristo se encontraba junto al pozo de Jacob y pidió agua a una mujer samaritana, a la cual él mismo le ofreció el "agua de vida" para que no sintiera sed jamás (S. Juan 4:6-15).

Ahora Cristo colgaba de la cruz, y nuevamente sintió sed, una sed abrasadora que multiplicó sus dolores; pero sólo le dieron vinagre. En cierta ocasión Jesús destacó a sus discípulos el valor de ofrecer al sediento un vaso de agua fría para calmar su sed y refrescarlo (S. Mateo 10:42). Y aún más: aseguró que el que hiciera tal acción en su nombre, no quedaría sin recompensa (S. Marcos 9:41). ¡Qué ironía! El Señor Dios de las aguas, el que tiene la llave de las cataratas de los cielos y que años atrás había inundado la tierra, ahora moría experimentando extremada sed.

SED ESPIRITUAL

Así como existe una sed física que se apaga con el agua fresca, limpia y cristalina, hay también una sed espiritual que sólo satisface la presencia de Dios en el alma. Nuestro Señor Jesucristo también sintió sed espiritual, sed de Dios el Padre, y esta sed fue más profunda y mucho más penosa que la sed física: "Dios mío, Dios mío —exclamó—, ¿por qué me has desamparado?" (S. Mateo 27:46). Jesús no había sufrido antes una separación de su Padre; esto era algo completamente nuevo, extraño y agobiante para él. El sentimiento de seguridad desapareció de su corazón y temió no ser aceptado por el Padre. Estaba cargando sobre él el peso del pecado de toda la raza humana, para concluir la obra de la salvación, una salvación perfecta, completa y absoluta. Fue el momento más difícil en la experiencia terrenal de Jesús, y el más peligroso para la salvación de la raza caída.

TRIUNFO GLORIOSO

Momentos más tarde nuestro Señor Jesucristo entregó el espíritu. Aquel que "vino a buscar y a salvar lo que se había perdido" logró el triunfo indiscutible, pleno y eterno, redimiendo para siempre al pecador. Padeció de sed física y espiritual, pero salió victorioso; nunca se halló en él una palabra de impaciencia, de murmuración, de queja o reproche. El centurión que estaba junto a la cruz fue el primero en testificar lo que millones de seres humanos han repetido una y otra vez a lo largo de los siglos de la era cristiana: "Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios" (S. Marcos 15:39). ◊

"DIOS MIO, DIOS MIO, ¿POR QUE ME HAS DESAMPARADO?"

Lic. PEDRO GELI, h.

CON nuestra imaginación visitemos el Calvario. Si observamos atentamente al Hijo de Dios en la cruz, veremos su carne lacerada por los azotes, sus manos y sus pies clavados en el madero y su cabeza herida por la corona de espinas. Mientras pasan las horas él escucha los insultos, la burla y el desafío: "Si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz" (S. Mateo 27:40).

De repente el sol deja de brillar: "Desde la hora sexta [12 del mediodía] hubo tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora novena [3 de la tarde]" (S. Mateo 27:45). Una densa oscuridad cubre al Hijo de Dios durante tres horas. Hay un silencio sepulcral. El terror domina a la muchedumbre. Algunos hombres, mujeres y niños caen postrados en tierra mientras que otros huyen llorando de miedo. A la hora novena las tinieblas se elevan por sobre la gente, pero aún rodean al Salvador. En esos momentos de angustia Jesús exclama a gran voz: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" (S. Mateo 27:46). Cristo, "el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo" (S. Juan 1:29) lleva la carga de iniquidad del hombre, y se siente solo por la separación que causa el pecado; pero por amor a la humanidad perdida corre el riesgo de sufrir una separación eterna. El único que puede expiar el pecado del hombre, soporta la ira de la justicia divina por amor al mundo perdido. Por causa de nosotros se hizo pecado (Isaías 53:4-5). Con este clamor de Jesús podemos empezar a comprender la agonía de la separación, el enorme riesgo, el precio que Cristo pagó por nuestra salvación.

Una renombrada autora cristiana escribió: "Sobre Cristo como substituto y garante nuestro fue puesta la iniquidad de todos nosotros. Fue contado por transgresor, a fin de que pudiese redimirnos de la condenación de la ley. La culpabilidad de cada descendiente de Adán abrumó su corazón. La ira de Dios contra el pecado, la terrible manifestación de su desagrado por causa de la iniquidad, llenó de consternación el alma de su Hijo... En estos momentos, sintiendo el terrible peso de la culpabilidad que lleva, no puede ver el rostro reconciliador del Padre. Al sentir el Salvador que de él se retraía el semblante divino en esta hora de suprema angustia, atravesó su corazón un pesar que nunca podrá comprender plenamente el hombre...

"El Salvador no podía ver a través de los portales de la tumba. La esperanza no le presentaba su salida del sepulcro como vencedor ni le hablaba de la aceptación de su sacrificio por el Padre. Temía que el pecado fuese tan ofensivo para Dios que su separación resultase eterna. Sintió la angustia que el pecador sentirá cuando la misericordia no interceda más por la raza culpable. El sentido del pecado que atraía la ira del Padre sobre él como substituto del hombre, fue lo que hizo tan amarga la copa que bebía el Hijo de Dios y quebró su corazón" (*El Deseado de todas las gentes*, p. 701).

En este clamor de angustia —"Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?"— encontramos un mensaje de esperanza, porque el Padre estaba con sus santos ángeles junto a la cruz en medio de esa densa oscuridad. Cuando meditamos en las palabras de este clamor angustioso de nuestro Salvador, encontramos que esas mismas palabras fueron antes pronunciadas en el Salmo 22 como una expresión de esperanza y triunfo.

Al pie de la cruz aprendemos una lección del amor y la justicia de Dios: "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna" (S. Juan 3:16). A la vez comprendemos cuál es el valor del alma teniendo en cuenta el gran precio que el cielo pagó por nosotros.

"Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" En este angustioso clamor de nuestro Señor encontramos palabras de ánimo. En los momentos más difíciles de prueba, de sufrimiento y angustia, podemos tener la completa seguridad de que ese mismo Padre celestial que estuvo junto a la cruz en el momento del sufrimiento de su Hijo, estará también junto a nosotros: "Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo" (Salmo 23:4). Dios permite que las lágrimas corran por nuestras mejillas porque quiere poner un arco iris sobre nuestro corazón. ◊

"PADRE, EN TUS MANOS ENCOMIENDO MI ESPIRITU"

Dr. EDUARDO OCAMPO

DESDE la tosca cruz y bajo un cartel en tres idiomas, cuelga, inmóvil, el cuerpo lacerado de Cristo. La sangre de manos y pies clavados mana suavemente. También hay señas escarlatas en la herida del costado derecho. La cabeza inclinada muestra la corona de espinas. El velo de largos y castaños rizos esconde el lado derecho de la cara; la otra mata de cabellos se desvía hacia la espalda desnuda. Los labios finos se han plegado y apenas se descubren entre la tupida barba. El párpado izquierdo dibuja un arco oval en la base del ojo cerrado. Una palidez increíble cubre el cuerpo atlético que termina en musculosas piernas. Discreto paño envuelve la cintura del Crucificado. Tales son los rasgos salientes del famoso cuadro de Velázquez sobre Cristo crucificado, que se encuentra en el Museo del Prado, en Madrid. Se advierte que Cristo ha muerto, tras haber exclamado a gran voz: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu" (S. Lucas 23:46).

Las Siete Palabras de Jesús establecen un diálogo alternado con el hombre y con Dios. Ellas sintetizan el Evangelio y traducen la experiencia del hombre en materia de angustia y esperanza. Señalan desde la necesidad del perdón y del agua de vida eterna hasta la comisión evangélica y la conclusión de "su obra".

Con la Sexta Palabra, "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu", Cristo se dirige a Dios, a quien llama Padre. Combina la idea del Dios creador con la del Dios paternal para que el hombre acuda al trono de la gracia con la tierna confianza del niño.

La Sexta Palabra se pronuncia cuando aún debe corroborarse el principio de la libertad. Cristo aceptó voluntariamente la condición humana y los sufrimientos de la cruz. La cruz continuaría siendo nada más que un par de maderos sin sentido, al menor deseo del Maestro de abandonar la tarea redentora. Pero el amor supremo mantuvo a Cristo leal a su destino, dio el triunfo a Dios y garantizó al universo la estabilidad perenne del gobierno divino sobre bases de justicia, verdad, libertad y amor. El hombre debía encarnar los mismos principios para armonizar con el Creador-Redentor.

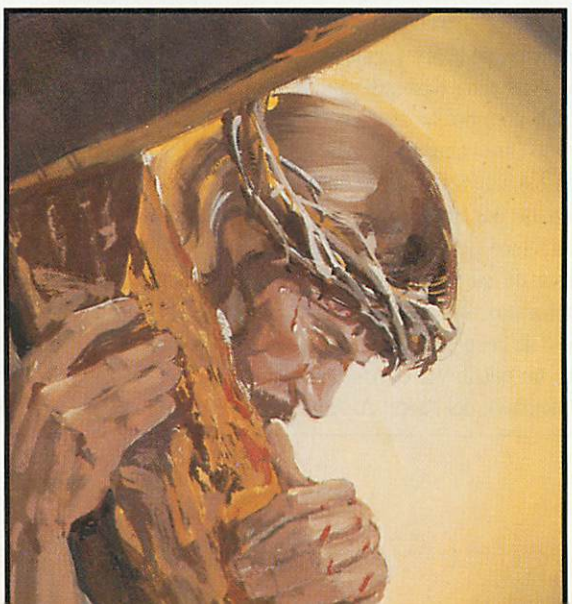
La Sexta Palabra, "En tus manos encomiendo mi espíritu", que se encuentra también en Salmo 31:5, enseña sumisión y dependencia de Dios. Jesús recitó este salmo numerosas veces en la sinagoga y en el hogar, se identificó con el contenido de este bello poema y lo convirtió en el fundamento de su vida. Por esta razón Jesús fue sumiso a sus padres terrenales y a su Padre celestial.

A sus discípulos les había dicho: "Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra" (S. Juan 4:34). Para Jesús la sumisión fue un modo natural de vivir como lo sería el modo natural de morir. La verdadera sumisión significa obediencia. Modera la naturaleza caprichosa de la niñez, los ímpetus desordenados de la juventud y el desenfreno de los adultos. Elimina toda forma de esclavitud y anula el morboso ideal de una sociedad permisiva que glorifica el individualismo egoísta en perjuicio de los demás.

También la Sexta Palabra traza el proceso de desintegración del ser viviente de acuerdo con Eclesiastés 12:7. El soplo de Dios que alienta la materia humana vuelve al supremo Dador. Esta frase de Cristo apoya la validez de las afirmaciones bíblicas sobre la vida y la muerte.

Por otro lado, la Sexta Palabra deja la obra de Cristo librada al tiempo. Y se sabe que la posteridad ha pronunciado su veredicto favorable. El Espíritu Santo ha usado y usará hombres que reflejen en sí mismos la verdadera imagen de Cristo.

El mensaje de la Sexta Palabra aún nos llega elocuente a través de los siglos, y seguirá escuchándose hasta el fin. Debemos oírlo. La entrega incondicional de nuestra vida y de nuestros caminos en las manos de Dios nos ayudará a superar la cruz de las aflicciones. Al contemplar los ojos y los labios dulcemente plegados del Cristo de Velázquez, se llega a la conclusión de que la imagen cautiva en el lienzo del artista, pese a toda su belleza, es apenas una antítesis o contraste del Cristo real que vive eternamente para salvar "a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos" (Hebreos 7:25). ◊



"CONSUMADO ES"

Lic. ELIAS GOMEZ

LA EXPRESION "Consumado es" (S. Juan 19:30), que es una sola palabra en el idioma original, tiene un significado que es a la vez profundo y glorioso, histórico y actual. Es profundo y glorioso porque gira en torno a dos misterios: el misterio de la iniquidad y el misterio de la piedad. Como Dios no quería que sus criaturas le sirvieran por obligación o por temor, las crió con libre albedrío, lo cual fue para él un inmenso riesgo. Este hecho abría la puerta a la posibilidad de la desobediencia y el pecado. Sin embargo, Dios sabía —porque lo conoce todo— que únicamente serían felices los seres que pudiesen escoger libremente su destino. Y asumió el riesgo.

El Creador sabía que sus criaturas le desobedecerían, y por esta razón en un concilio eterno trazó un plan que el apóstol Pablo llama el "misterio escondido" (Efesios 3:9), "grande es este misterio" (Efesios 5:32) y "misterio de la piedad" (1 Timoteo 3:16), por medio del cual le daría a los seres humanos la oportunidad de reconciliarse con él. Este plan fue anunciado primeramente a Adán y Eva con las palabras pronunciadas a la serpiente: "Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar" (Génesis 3:15). El conocimiento de este plan pasó de padres a hijos y de una generación a otra. Los profetas escribieron acerca de este plan de redención que se llevaría a cabo por Cristo, Dios hecho carne. Un ángel anunció a la Virgen María que su hijo se llamaría "Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados... Y... Emanuel, que traducido es: Dios con nosotros" (S. Mateo 1:21-23).

El plan sería sencillo, pero muy doloroso. Sencillo, porque todo lo que Dios tendría que hacer sería dar a su Hijo; doloroso, porque el Hijo no sólo sufriría los más crueles ataques de Satanás y sus ángeles perversos, sino además experimentaría la separación de su Padre, lo cual arrancó más tarde de su alma este grito: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" (S. Mateo 27:46).

Satanás con sus agentes humanos y con los ángeles caídos siguieron a Cristo paso a paso para hacerlo desobedecer y destruir el plan de la redención. Pero Cristo sabía muy bien cuál era su misión y lo que Satanás haría, y no se dejó vencer. Por esta razón fue condenado sin cometer delito alguno y clavado en una cruz. Sobre el Gólgota se destacan las siluetas de tres cruces. Cristo, el Hijo del Hombre, está en la del medio. La corona de espinas que le pusieron y los azotes que recibió hacen que la sangre corra por su cabeza y su espalda. Sus pies y manos, rompiéndose bajo el peso de su cuerpo, también están sangrando. De pronto, sus labios resecos y agrietados exclaman con agonizante voz: "Consumado es". Inclina su cabeza, y muere.

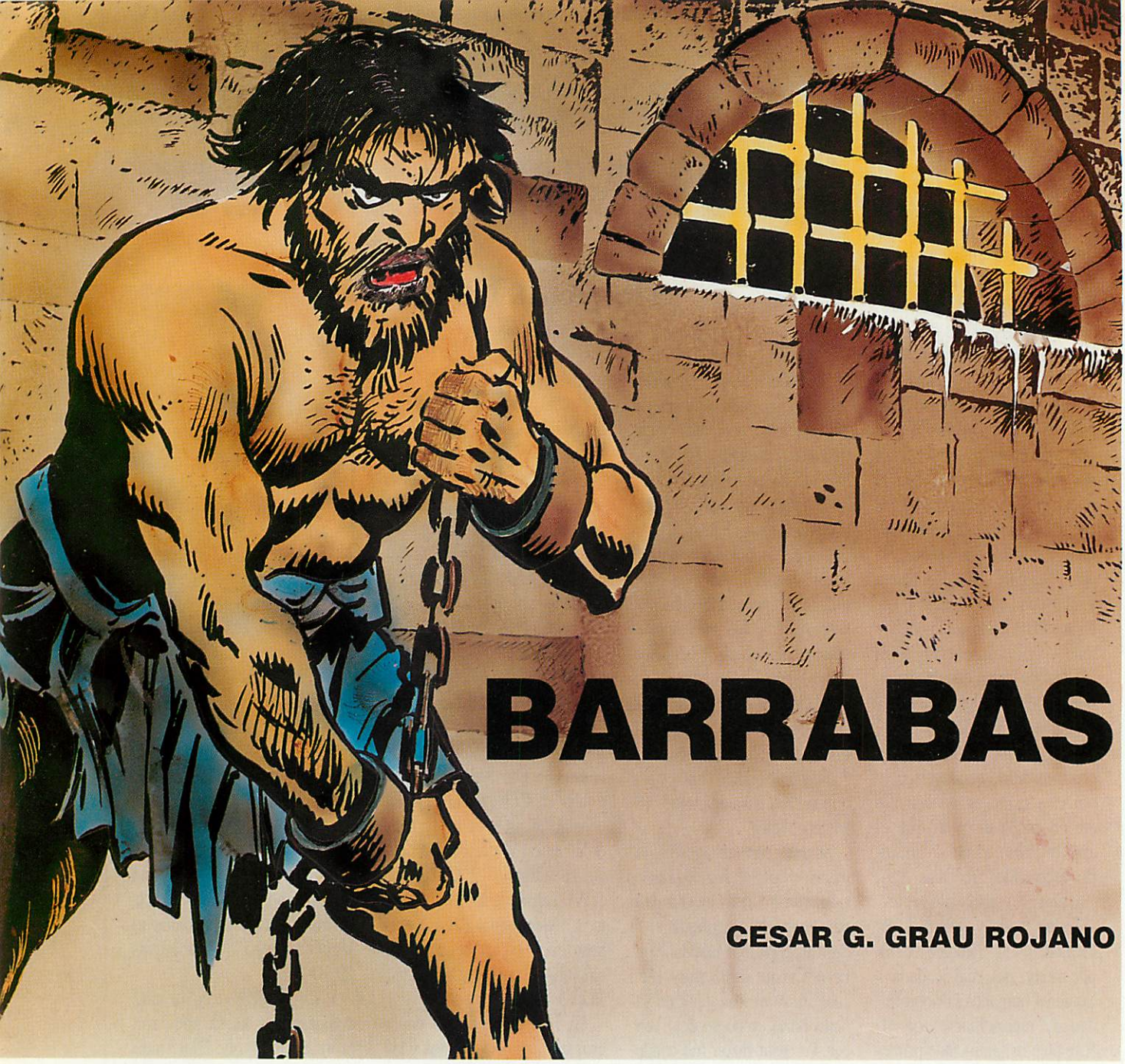
Satanás ha cumplido su trabajo; ha herido a la simiente de la mujer en el calcañar. Pero por todo el universo repercuten las notas de victoria y su eco se oye en la tierra. El carácter de Dios había sido vindicado delante de todos los seres creados. Las acusaciones de Satanás contra el gobierno de Dios quedaban anuladas. Nadie las creería de todo corazón. Se había hecho la expiación y la propiciación necesarias para que los seres humanos se reconciliaran con Dios, porque "Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados" (2 Corintios 5:19). La puerta se había abierto para que todo aquel que creyese en Dios no se perdiera sino que tuviese vida eterna (S. Juan 3:16).

La muerte de Cristo en la cruz terminó con los ritos y las ceremonias del sistema mosaico. Ya no sería necesario matar un cordero para representar la expiación de los pecados, porque el verdadero Cordero de Dios había venido para quitar el pecado del mundo. La historia y las profecías, los símbolos y las figuras habían tenido su cumplimiento en el Hijo de Dios.

Las palabras "Consumado es" ponían fin al dominio de Satanás. El pecado ya no afligiría sin esperanza de restauración a los seres humanos, porque Jesús había pagado el rescate por ellos. San Pablo dice de la muerte: "Sorbida es la muerte en victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?" (1 Corintios 15:54-55). Y San Juan contempló en visión profética que "El diablo... y la muerte... fueron lanzados al lago de fuego" (Apocalipsis 20:10-14).

Lo que sucedió en la cruz demuestra en forma gráfica el profundo amor que Dios sintió por sus hijos. El hizo todo lo que necesitaba hacer; dio todo lo que tenía que dar. Por lo tanto, no existe una sola razón para que alguno se pierda. Todo lo que tiene que hacer el ser humano para ser salvo es ir al Padre en el nombre de Cristo, porque "no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos" (Hechos 4:12).

¡Cuán gloriosas palabras: "Consumado es"! ¡Cristo consumó el plan de redención! ◊



BARRABAS

CESAR G. GRAU ROJANO

HEBER PINTOS/ENRIQUE FUENTEALBA

GRUESAS cadenas rodeaban las muñecas de Barrabás, y un seguro cepo inmovilizaba sus tobillos. Había acomodado su cabeza en el ángulo recto formado por dos paredes de la celda y, cerrando con furia los enrojecidos ojos, procuraba en vano de controlar su ira. Minutos antes cuatro soldados romanos lo habían lanzado con violencia al pestilente piso de la mazmorra, asegurando luego sus extremidades con los hierros que ahora lo aprisionaban.

Sus cabellos caían apelmazados cubriéndole, junto con su desordenada barba, el salvaje rostro. Las ropas que aún colgaban de su cuerpo marcado por los brutales latigazos, no eran más que unos harapos repulsivos. Y la sucia estera sobre el piso era sólo un conjunto de hilos podridos.

El prisionero lanzó, con rabia, un puñetazo que sólo fue hasta donde llegaba el extremo de la cadena. De pronto vio un agujero en la parte superior de la celda, y un rayo de esperanza brilló en el empedernido corazón del prisionero: debía haber alguna manera de librarse de sus cadenas y alcanzar ese agujero.

Pero las lisas paredes —sobre las cuales había escritas ingeniosamente maldiciones de toda clase— le hicieron ver cuán imposible era su intento. Descargó furiosamente sus fuertes manos sobre el piso; el repugnante lodo salpicó su cara, y lanzó una andanada de maldiciones contra todos los romanos. Y luego, al levantar la cabeza para buscar una posición cómoda, oyó el correr de los ratones que huían asustados por el brusco movimiento.

Barrabás —el líder revoltoso más temido en el imperio— había dirigido con suma audacia una revuelta y destruido una guarnición romana. Con sus propias manos había estrangulado al soldado que quiso detenerlo, y entonces el ejército romano desató contra él una incansable persecución. Pero ese día termina-

ron sus aventuras, pues unos cien soldados le pusieron cerco tanto a él como a sus indomables compinches.

Barrabás, ahora en prisión, recordaba los crueles latigazos que habían lacerado su piel, lo cual le anunciaba que su tormento sólo terminaría en el monte de la Calavera. Su angustia le hizo recordar a los criminales que en su infancia había visto allí morir crucificados. Y creyó verlos girar alrededor de él con gestos burlescos que le anunciaban su terrible destino.

Este pensamiento era demasiado aterrador. No podía soportarlo. Barrabás sintió que su cuerpo se estremecía al pensar en los gruesos clavos que perforarían sus carnes. Crispó sus manos en actitud desafiante y, como queriendo apartar del pensamiento el preludio de su muerte, lanzó un grito aterrador que cruzó como un rayo la oscuridad de su celda: "¿Crucificado? ¡Nunca! ¡Maldición!"

El tétrico silencio que siguió al eco de estas palabras oprimió aún más el corazón de Barrabás, y como una fiera enjaulada se revolcó en el lodo y rugió como queriendo sofocar el pánico que lo dominaba. En esos momentos anheló de todo corazón la muerte antes que tener que sufrir esa horrible tortura.

Mientras tanto Poncio Pilato, procurador romano de la provincia de Judea, daba la orden al jefe de la guardia de traer ante su presencia al condenado.

Amanecía. Era viernes. El centurión de guardia acompañado por cuatro soldados descendió por las escaleras de piedra que conducían a la celda del prisionero. El rechinar de la cerradura sobresaltó a Barrabás, quien sintió que la hora de su terrible muerte se acercaba. Y con fiereza inaudita decidió morir allí mismo antes que someterse al suplicio de la crucifixión. Se sacudía con violencia; lanzaba golpes sin cesar; procuraba herirse contra la pared y las armas de los soldados. Pero éstos lo sujetaron firmemente y sus vanos esfuerzos sólo hicieron sangrar aún más las heridas abiertas por las cadenas.

"Cesa de renegar —le gritó el centurión—. Deberías estar agradecido porque un tal Jesús de Nazaret morirá en tu lugar".

Los ojos centelleantes de odio reprimido lanzaban incrédulas miradas al oficial romano mientras avanzaban por las escalinatas que llevaban a la lujosa terraza del palacio de Pilato.

—¿Así que no lo crees? —le preguntó el centurión, y agregó mientras avanzaban hasta la silla del procurador—: ¡Pues escucha!

—¡Crucifica al nazareno y deja libre a Barrabás! —rugía el populacho.

Los gritos ensordecedores de la enardecida multitud fortalecieron el débil rayo de esperanza que el centurión había encendido en el corazón del malhechor. Los soldados que con escudo y lanza protegían el lugar, con dificultad podían contener el ímpetu de la gente, mientras que los sacerdotes señalaban con sarcasmo al hombre que con manto de púrpura y corona de espinas se hallaba a la derecha de Pilato.

Barrabás contempló con ojos escépticos la impávida figura, procurando descubrir en él alguna señal de culpabilidad mayor que la suya. Pero el rostro sereno y la mirada profunda que respondieron a su inquietud bastaron para convencer a Barrabás que ese hombre no era criminal.

Sus ojos llenos de furia y odio hasta unos minutos antes, ahora manifestaban incredulidad y asombro. Había oído algo acerca de ese hombre... ¿Pero por qué lo acusaban tanto y con tanta furia?...

Los endurecidos soldados no habían quitado las cadenas a Barrabás. Pero la esperanza de que ese hombre pudiera morir en su lugar hizo que ya no sintiera el peso de las cadenas ni el dolor que le causaban. Bajó la cabeza. Sintió que su cuerpo temblaba como una hoja sacudida por el viento. En la oscura y fétida celda había "sentido" imaginariamente cómo los gruesos clavos perforaban sus manos y sus pies. Había "sufrido" el desgarramiento de su carne sobre la terrible cruz y el espantoso crujir de los huesos de sus piernas trituradas por los golpes de un mazo criminal. Pero ahora alguien sufriría en su lugar... también en el nuestro... ese horrible tormento.

Barrabás levantó de nuevo su mirada. Contempló a Jesús y no pudo soportar la angustia que se apoderaba de su alma. Sus ojos se nublaron. Su apelmazada cabellera cubrió su frente, y sus puños se cerraron poderosamente. Lágrimas de asombrada gratitud cayeron sobre el piso y humedecieron el límpido embaldosado de la terraza del palacio. ◊

TESOROS de Vida

Curso gratuito por correspondencia

Nombre _____

Calle y N.º _____

Ciudad _____

Prov. o Estado _____

Código postal (zip code) _____ País _____

Un curso bíblico gratuito por correspondencia, de 30 lecciones, de inestimable valor para Ud.

Envíe este cupón a El Centinela, P. O. Box 7000
Boise, ID 83707, EE. UU. de N. A.

el Centinela®

Intérprete Bíblico de Nuestro Tiempo

Año 90 — N.º 4

Revista mensual ilustrada, con artículos religiosos y generales, publicada por la Iglesia Adventista del Séptimo Día en español y francés.

Gerente General
Eugene M. Stiles

Presidente del Consejo Editorial
Dr. Humberto M. Rasi

Director
Dr. TULIO N. PEVERINI

Redactor
Lic. Juan J. Suárez

Diagramador
Enrique Fuentealba

Director de Ventas Internacional
Lic. José L. Campos

Interamérica: Juan de Armas

Responsable de Circulación
Belia Peterson

Secretaria Editorial
Adly Campos

Edición en francés
Daniella Ducret

Colaboradores Especiales
Dr. Fernando Chaij, José Espinosa, Eloy Martínez, Sergio Moctezuma, Ricardo A. Rodríguez.

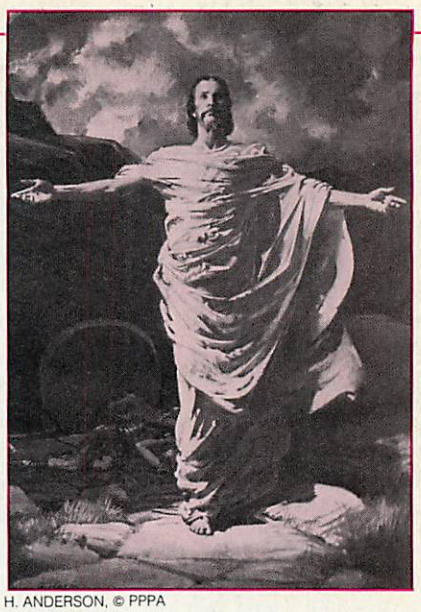
Corresponsales
Centroamérica y Panamá: Tevni Grajales
Colombia y Venezuela: Mirto Presentación
Estados Unidos: Eradio Alonso, Pedro Geli, Max Martínez, Manuel Vázquez
México: Félix Cortés Antonio
Puerto Rico y Rep. Dominicana: Dr. Wilson Roberts

Suscripción anual, dólares 5,95. Número suelto, $1.00 (un dólar). Agregar un dólar para el franqueo de suscripciones enviadas desde la editorial a países fuera de los EE. UU. Para conseguir información en cuanto al precio en la moneda local, véase la lista de las agencias que sigue.

ANTILLAS HOLANDESAS: Box 300, Curazao. **COLOMBIA:** Apartado 4979, Bogotá. Apartado 261, Barranquilla. Apartado 1269, Cali. **COSTA RICA:** Apartado 10113, San José. **R. DOMINICANA:** Apartado 1500, S. Domingo. Apartado 751, Santiago. **EL SALVADOR:** Apartado 1880, C. G. San Salvador. **ESPAÑA:** Editorial Safeliz, S. L., Aravaca 8, Madrid 3. **ESTADOS UNIDOS:** P. O. Box 7000, Boise, Idaho 83707. **GUATEMALA:** Apartado 218, C. de Guatemala. **HONDURAS:** Apartado 121, Tegucigalpa. **MEXICO:** Apartado 18-813, México 18, D. F. **NICARAGUA:** Apartado 92, Managua. **PANAMA:** Apartado 10131, Panamá 4. **PUERTO RICO:** Este: P.O. Box 29176, 65th Infantry Station, Río Piedras, Puerto Rico 00929. Oeste: P.O. Box 1629, Mayagüez, Puerto Rico 00708. **VENEZUELA:** Apartado 4908, Caracas. Apartado 525, Barquisimeto.

Copyright © 1986, by
Pacific Press Publishing Association

El Señor Ha Resucitado



H. ANDERSON, © PPPA

ELENA G. DE WHITE

SOBRE la tumba abierta de José, Cristo proclamó triunfante: "Yo soy la resurrección y la vida". Unicamente la Divinidad podía pronunciar estas palabras. Todos los seres creados viven por la voluntad y el poder de Dios. Desde el más sublime serafín hasta el ser animado más humilde, todos son renovados por la Fuente de la vida. Unicamente el que es uno con Dios podía decir: Tengo poder para poner mi vida, y tengo poder para tomarla de nuevo. En su divinidad, Cristo poseía el poder de quebrar las ligaduras de la muerte.

Cristo resucitó de entre los muertos como primicia de aquellos que dormían. Su resurrección es símbolo y garantía de la resurrección de todos los justos muertos. "Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él".[1]

Al resucitar, Cristo sacó de la tumba una multitud de cautivos. El terremoto ocurrido en ocasión de su muerte había abierto sus tumbas, y cuando él resucitó salieron con él. Eran aquellos que habían sido colaboradores con Dios y que, a costa de su vida, habían dado testimonio de la verdad. Ahora iban a ser testigos de Aquel que los había resucitado. Ascendieron con él como trofeos de su victoria sobre la muerte y el sepulcro. Estos, dijo Cristo, no son ya cautivos de Satanás; los he redimido. Los he traído de la tumba como primicias de mi poder, para que estén conmigo donde yo esté y no vean nunca más la muerte ni experimenten dolor.

Para el creyente, Cristo es la resurrección y la vida. En nuestro Salvador, la vida que se había perdido por el pecado es restaurada; porque él tiene vida en sí mismo para vivificar a quienes él quiera. Está investido con el derecho de dar la inmortalidad. La vida que él depuso en la humanidad, la vuelve a tomar y la da a la humanidad. "Yo he venido —dijo— para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia".[2] "El que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna".[3] "El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero".[4]

Para el creyente, la muerte es asunto trivial. Cristo habla de ella como si fuera de poca importancia. "El que guarda mi palabra, nunca verá muerte", "nunca sufrirá muerte".[5] Para el cristiano, la muerte es tan sólo un sueño, un momento de silencio y tinieblas. La vida está oculta con Cristo en Dios y "cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria".[6]

La voz que clamó desde la cruz: "Consumado es", fue oída entre los muertos. Atravesó las paredes de los sepulcros y ordenó a los que dormían que se levantasen. Así sucederá cuando la voz de Cristo sea oída desde el cielo. Esa voz penetrará en las tumbas y abrirá los sepulcros, y los muertos en Cristo resucitarán.

En ocasión de la resurrección de Cristo, unas pocas tumbas fueron abiertas; pero en su segunda venida, todos los preciosos muertos oirán su voz y surgirán a una vida gloriosa e inmortal. El mismo poder que resucitó a Cristo de los muertos resucitará a su iglesia y la glorificará con él, por encima de todos los principados y potestades, por encima de todo nombre que se nombra, no solamente en este mundo, sino también en el mundo venidero.

(1) 1 Tesalonicenses 4:14. (2) S. Juan 10:10. (3) S. Juan 4:14. (4) S. Juan 6:54. (5) S. Juan 8:51-52. (6) Colosenses 3:4.

Para beneficio de usted y su familia
SUSCRIBASE HOY A
El Centinela

Deseo suscribirme por un año a El Centinela. Adjunto $5,95* dólares. (Agregar un dólar para el franqueo de suscripciones a países fuera de los EE. UU.) Mi dirección es:

Nombre _____
Calle y N.º _____
Ciudad _____
Prov. o Estado _____
Código postal (zip code) _____ País _____
*Precio válido sólo hasta Diciembre 31, 1986

Envíe este cupón a EL CENTINELA, P.O. Box 7000, Boise, ID 83707, EE. UU. de N. A.